



PRECIOS DE SUSCRICIÓN

ESPAÑA.	
Un trimestre.....	Pras. 4,
Un año.....	12,
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	
Un semestre.....	Pras. 12,
Un año.....	20,

ILUSTRACIÓN INFANTIL DECENAL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

AÑO I. N.º 5.

MADRID

20 de Febrero de 1887.

ADMINISTRADOR:

J. PALACIOS, ARENAL, 27

NÚMEROS SUELTOS

De LA ILUSTRACION con el su-	
plemento en cromo.....	Pras. 0,25
Idem id. atrasado.....	0,50
Cada ejemplar de los	
cuentos ilustrados.....	1,

SUMARIO.

TEXTO.

- Conversación familiar,
por
D. Manuel Ossorio y Bernard.
- Nuestros grabados.
El suplemento en cromo.
Leyes y costumbres,
por
D. R. Gil Osorio y Sánchez.
- El Carnaval,
por
D. Antonio Balbín de Unquera.
- Cuentos infantiles,
por
D. M. Ossorio y Bernard.
- El Marquesito,
por
D. E. Benjamín.
- Falsa educación,
(comedia),
por
D. José María Sbarbi.
- Mosaico.
Juegos de imaginación.
Nuevos problemas.
Anuncio.
- GRABADOS.
Miguel Angel.
Pierrot.
Lo imposible.
- CROMOS DEL SUPLEMENTO.
El zorro.
Perro de presa.



MIGUEL ANGEL.

CONVERSACIÓN FAMILIAR.

Un escritor tan ilustre como modesto, al favorecer por vez primera con sus escritos á EL MUNDO DE LOS NIÑOS, me priva, con gran contento mío y ganancia de los lectores, del asunto de actualidad. En su discreto artículo sobre el Carnaval, está dicho cuanto yo pudiera decir, y mejor dicho que si lo digera yo. Sin embargo, como Balbín de Unquera se presenta hoy á nuestros lectores un si es no es severo en demasía, y esto pudiera motivar ciertos escrúpulos en los niños, creo del caso indicar que sus levantadas censuras no alcanzan á las tiernas criaturas, cuyos deseos se realizan plenamente vistiendo trajes de pasadas épocas ó disfraces que mueven á la risa. No hay, pues, que prescindir del vestidito preparado ya, pues el mismo autor del artículo no se perdonaría nunca el haberos privado de un recreo que, á vuestra edad, no tiene nada de pecaminoso.

El Carnaval es malo, muy malo; pero no os pongáis compungidos, que también se exajera en sus censuras; y yo en este punto, mas blando de corazón que Balbín de Unquera, me siento inclinado á repetir como el predicador portugués, viendo llorar á su auditorio, á quien había conmovido con un pasaje religioso:

—No lloréis, hijos míos, que todo esto pasó hace ya mucho tiempo... y aun podría ser que fuera mentira...

Una nota triste, tristísima, aunque desentone en el cuadro general.

En Zaragoza se ha suicidado un niño de doce años, hijo del profesor de una Escuela laica establecida en dicha ciudad.

La causa determinante de su funesta y criminal resolución aparece á primera vista como hija de los castigos que sufría por su falta de aplicación. Profundizando en la tragedia, no sería aventurado el suponer que ha nacido de la falta de creencias religiosas en que había sido educado. «No sabemos, dice un periódico zaragozano, si á estas horas se arrepentirá el desventurado padre de no haberle enseñado el catecismo.»

Qué horrible, en efecto, la situación! Un niño, en los comienzos de la vida, abandonándola impulsado por la desesperación! Un niño despidiéndose del mundo con una carta injuriosa dirigida á su padre!

La enormidad del hecho aterra y no pueden leerse con ánimo sereno los detalles del suceso á que me refiero.

Bendita la Religión que nos da el consuelo con la esperanza y nos facilita la resignación! Bendito el hogar

católico en que se repiten las enseñanzas del catecismo, y benditas las madres que, cruzando nuestros dedos, nos enseñan a trazar sobre la frente la salvadora figura de la Cruz.

Hoy que la impiedad pretende enseñorearse de la enseñanza, la tragedia de Zaragoza constituye una lección inapreciable; ella nos muestra que en la familia sin Dios, la desesperación penetra cuando es menos esperada, hiriendo de muerte, no al añoso y carcomido tronco, sino al lozano retoño en que aquel se sentía renacer. Dios perdone á la víctima... y á los autores de la catástrofe.

En oposición á la propaganda anticatólica de que hablo, niños míos, en los párrafos antecedentes, notad el movimiento salvador que se opera en todas partes. En poquitos días se ha inaugurado el Asilo de huérfanos militares de Aranjuez, donde muchas criaturas logran el amparo que sus padres no les pueden prestar; se crean los Asilos para los invalidos del trabajo; se promueve la creación de otro refugio para los huérfanos de empleados; la iniciativa del Director de *La Correspondencia* funda refugios nocturnos para los pobres, y la «Sociedad protectora de los niños,» se encarga en ellos de la salvación de estos; ábrense Escuelas dominicales; créanse Círculos católicos de obreros; y en todas estas casas, abiertas por la Caridad, las plegarias al Altísimo se repiten por hombres y niños; las más tiernas oraciones suben de los corazones hasta los cielos, estableciéndose esas corrientes de amor entre el Creador y la criatura, que hacen menos penosa para ésta el camino de abrojos que tiene que recorrer en el mundo.

Empecé estos párrafos censurando amistosamente la gravedad de uno de nuestros colaboradores, y llevo el camino de dejarle muy atrás en lo serio y sombrío.

Los asuntos del momento tienen la culpa.

Vuelvo, pues, al punto de partida, ya que á él me llaman los alegres cascabeles del Carnaval y os deseo diversiones sin cuento en los días que hoy empiezan.

—¿De qué te vas á vestir?—le preguntaba hoy un bohemio literario á otro.

—Como siempre... de prestado.

Una modistilla se disfraza para ir á un baile, con un traje sobrado vaporoso.

—¿Qué disfraz es este?—le preguntaba su madre.

—De locura.

—Bueno, pues que tengas mucho juicio.

En años anteriores se formaron comparsas y estudiantinas de cojos, mancos y tullidos. Y preguntaba un niño á quien sus padres negaron un traje de diablo:

—¿Es que se han quedado así por vestirse los años anteriores?...

M. OSSORIO Y BERNARD.

NUESTROS GRABADOS.

MIGUEL ANGEL.

No sabemos si se llama así ó de otro modo el precoz artista representado en nuestra lámina; pero la afición con que utiliza los pinceles de su papá, para embadurnar los yesos que aquel tiene en su estudio, y la tranquilidad con que ejecuta su tarea, después de haber decapitado á una figurilla de barro, permiten suponer que el infantil artista conoce sus propias fuerzas, y se halla en aptitud de remediar todos los daños que causa, prometiendo ser en lo porvenir un nuevo Miguel Angel.

Lo más grave es que también su traje participa de la pintura, circunstancia que acaso no agrade mucho á la mamá, y haga que el precoz Miguelito reciba una lluvia de azotes... análoga á la que suele recibir todos los días del año.

PIERROT.

Inconveniente de vestirse de máscara!

El perrillo del cuarto principal, que siempre hace fiestas al niño cuando le ve subir y bajar las escaleras con sus libros debajo del brazo, le ha desconocido en su traje de Pierrot, y le ladra y arosa con una tenacidad incomprensible, y que ya le empieza á preocupar.

La situación es muy comprometida; pero como el niño ha conseguido tirar de la campanilla de su casa, es casi seguro que recibirá refuerzos antes de recibir algún mordisco en las pantorrillas.

LO IMPOSIBLE.

El padre, mientras mece al tierno infante, fuma, y le mira con paterno orgullo; y el niño, sus manitas extendiendo, quiere cojer el humo...

Emblema de la vida y los deseos; que ya desde la cuna nos persiguen: sujetar lo impalpable, pretender sin descanso lo imposible!

LÁMINAS DEL SUPLEMENTO.

EL ZORRO.

Animal muy parecido al perro, sobre todo en su constitución interna: tiene los sentidos superiores á los del lobo, el tacto más fino y el órgano de la voz más blando y perfecto, pues mientras que el lobo aterra por sus aullidos, el zorro chillá, ladra y emite un sonido semejante al grito del pavo real. Su carne es mejor que la del lobo. Su sueño es profundo y en ocasiones se le sorprende dormido. La especie del zorro es una de las más sujetas á la influencia del clima, y por lo tanto, más variadas; la mayor parte de los zorros tienen la piel del color rojo, si bien los hay igualmente de un gris plateado y blanca la punta de la cola. En los países del

Norte se encuentran zorros de todos colores, negros, blancos, azulados y parduzcos. Como prueba de su propagación, diremos, que en 1864, fueron muertos en España 34.725 zorros.

Tal es el astuto animal, terror de los gallineros.

PERRO DE PRESA.

De entre todas las variedades del perro, la llamada de presa, no es, por cierto, la más recomendable por su belleza; pero en el instinto y condiciones, sabido es que todos los perros se parecen, siendo esto más que sus formas externas, lo que constituye la especialidad característica del perro. Antiguamente se utilizaba á los perros de presa en la lidia de algunos toros, á los que sujetaban para que el puntillero les diera muerte.

LEYES Y COSTUMBRES.

Aquel *Derecho natural* de que os hablé el otro día, que convinimos en que consistía en ser bueno y en ser justo con los demás con quienes vivimos en sociedad, no es obligatorio, porque no hay nadie que pueda mandárnoslo y hacérselo cumplir más que Dios y nuestra conciencia. La Constitución de 1812, sin embargo, lo mandó guardar, cuando se atrevió á decir en el artículo 6.º de su capítulo 2.º, lo siguiente: «El amor de la patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles, y asimismo el ser justos y benéficos;» pero la Constitución de 1812 pasó de moda. Ahora el Derecho natural no es más que cuestión de buena voluntad, como el dar limosnas, verbi gracia.

¿Entonces—preguntaréis:—puesto que nadie puede obligarnos á observar el Derecho natural, cada cual podrá hacer lo que se le antoje, y estará permitido pegar una paliza á cualquier ciudadano, quitarle lo que tenga, no pagarle lo que se le deba y otras lindes por el estilo? No, señores míos; nada de eso se permite, aunque mucho de eso se haga.

Para impedirlo están *las leyes*, y no os asustéis porque vaya soltando palabras nuevas.

Para impedir que hagamos *barbaridades* están las leyes. ¿Y qué es una ley? Ley es lo que se manda por quien puede ó debe mandarlo. Vuestro papá, por ejemplo, os dice que vayáis al Colegio, que no alborotéis: eso es la ley que os pone papá, porque puede ponerla, como él mismo se habrá encargado de demostraros, si le desobedecéis, con algún azote ó con algún mogicon, y no de los de doña Mariquita.

Pues así como hay leyes en vuestra casa, hay leyes en todas partes, en todos los países, y en España más que en ninguno, aunque se cumplan menos. Pero esto no es del caso.

Hay leyes. ¿Quién las hace? *Las Cortes con el Rey*: ya hablaremos de esto otro día.

Las leyes se dan para que se cumplan, y si no se cumplen se ponen en juego los azotes y los mogicones.

Ahora bien; ¿las leyes pueden mandar cosas imposibles ó disparatadas? No, y aquí viene el Derecho natural. Los legisladores, ó sean los que hacen las leyes, mandan solamente cosas que creen justas y buenas, y procuran convertir en leyes, por lo menos, un pedacito de aquel Derecho natural, del que os decía yo que si se obedeciera todo, cual Dios y nuestra conciencia nos lo dictan, estaríamos, casi casi, en la gloria.

Por eso las leyes no mandarán á secas *ser buenos*, imitando á la Constitución de 1812; pero repartirán la bondad entre muchas cosas, y nos la presentarán en globulitos ó en pildoras, para obligarnos á ser todo lo buenos que cabe en el mundo, es decir, lo mejor posible. Las leyes se ocupan, por consiguiente, de muchísimas cosas de que os enteraré, si seguís teniendo paciencia para leer estos articulos.

Las leyes se ajustan á un modelo, como los vestidos á un patrón: ese patrón son las costumbres.

Debéis saber desde ahora, que en *derecho*, nada hay tan importante ni tan esencial como las *costumbres*. La sociedad, el pueblo, el país, como queráis llamarle, es como el papel; la costumbre, es como el dibujo; la ley, es como el color. Cuando decis de un hombre ó de un niño que tiene buenas costumbres, indicáis que hace cosas buenas, que merece premio, porque las hace sin que nadie se las imponga.

Esto que ocurre en un individuo, ocurre en todos los individuos reunidos, ocurre en los distintos países. Todos tienen sus costumbres, que han seguido desde tiempos remotos tal vez, porque, necesitando vivir, han arreglado su vida de cierto modo, y ese cierto modo ha sido primero una costumbre y después una ley.

Antes os dije, bajo la fe de mi palabra, que las leyes eran un pedacito del Derecho natural, y ahora lo repito, verificando la prueba con las costumbres. Antes de que hubiera leyes, y después de haberlas, ha habido costumbres entre los hombres, maneras de vivir, de arreglar sus asuntos, sin que nadie se les impusiera, que eran buenas y justas, que eran lo que su conciencia les dictaba, pues sino hubiera sido así, esas maneras de vivir no serían costumbres para el derecho, sino abusos, ó en todo caso, malas costumbres.

Descartad las malas y quedáos con las buenas. Esas buenas costumbres de

cada país se han escrito en una especie de mandamientos que se llaman leyes.

Figurando el *derecho* como una moneda, las leyes y las costumbres son como el anverso y el reverso, como la cara y la cruz.

R. GIL OSORIO Y SÁNCHEZ.

EL CARNAVAL.

¿Qué significa ese rumor que se esparce por calles y plazas?—preguntaba un niño á su padre.—No es el de los trabajadores que todos los días veo marchar á sus talleres y que me recuerda el de las abejas trayendo á su colmena flores y saliendo de aquella con su dulce carga; todos se mueven delante de casa, y al parecer sin ánimo de ocuparse en cosa alguna. ¿En qué se distingue de ayer el día de hoy, y en qué se distinguirá del de mañana?

Esto decía—repetimos—un hermoso niño, en quien la inteligencia comenzaba á despertar, á su padre, que no perdía ocasión alguna de hacerle estudiar la sociedad, no en los libros, sino en las personas. Guardó silencio por breves instantes el interrogado, y contestó así á la pregunta:

—Hoy es Carnaval, hijo mío, palabra que con poca diferencia se repite en muchas lenguas de Europa y vale tanto como despedida de la carne, es decir, de la vida disipada y mundana, de las diversiones, y un periodo de arrepentimiento y de penitencia, cosa que por fortuna no conoces todavía, porque así como la planta necesita de semilla para brotar, así, arrepentimiento y penitencia no se conciben sin haber pecado, es decir, sin haber desobedecido á Dios en algo que nos ha mandado respecto á El mismo, á nosotros ó á nuestros semejantes.

—Pues si Carnaval es despedida de las diversiones, es renunciar á ellas, ¿cómo es que ahora son más en número, y más bulliciosas que en otros tiempos?

—En eso verás, hijo mío, lo que son los hombres, que muchas veces no se resuelven á mudar de vida como manda Dios, sin llevar al exceso las disipaciones, como ellos mismos han mandado. El Carnaval no es fiesta ni preparación para las fiestas, pues si lo fuese, consistiría en vigiliias, en abstinencias, en propósito al menos de guardallas. El Carnaval es un legado de tiempos anteriores á nuestra Religión, que ha venido contra toda razón perpetuándose; es la mentira hecha sistema, hecha carne, sangre, vergüenza y lágrimas. Verás como empezó por lo que te diga, y quiera Dios que por tí mismo veas cómo acaba. Pero antes te diré cómo procura oponerse á la obra de Dios, tomando por base la mentira y por fin el engaño. Desde bien pequeño viste el traje que como á varón te corresponde, y tus hermanas el propio de su sexo; pues bien, el Carnaval muda los trajes, ya que no puede trocar las condiciones. Lo que hace él por tres días, la mala educación se encarga de hacerlo para toda la vida, afeminando á los hombres y queriendo revestir á las mujeres de prendas que á Dios, para su mayor ventura y la nuestra, no plugo darles. El Carnaval hace disfraz de la voz, como lo hace del vestido, y enseña á los hombres á engañarse unos á otros. Una escritora francesa ha dicho: «Se comienza por ser víctima y se concluye por ser bribón.» Pues eso hace el Carnaval, si es otra cosa que la más sándia de las diversiones.

El domingo pasado fuiste al teatro; allí viste á un hombre representando lo que no era, y en otros tiempos llevaba cada actor el disfraz de la persona á quien representaba



PIERROT.



LO IMPOSIBLE.

pero ya procuré advertirte que el teatro se propone ó debe proponerse divertir y enseñar, al paso que las máscaras de Carnaval en nada de esto piensan, y armadas no sé de qué derecho de proferir cuanto les acomode en palabras y ademanes, suponen que se falta á una ley social cuando se trata de averiguar quiénes son y con qué derecho dicen y hacen tales cosas. Está mandado que no se mienta, que no se insulte á nadie, que entre las armas prohibidas, debe contarse la lengua de que se hace mal uso, y he aquí á los disfrazados en Carnaval haciendo todo lo contrario. Basta con esto para que por tí mismo puedas juzgarlo.

Pues como te decía, allá en un pueblo antiguo llamado Roma, que mientras fué pagano tuvo á su manera algunas virtudes que pronto aprenderás en las escuelas, y tales y tantos vicios que te harán estremecer de horror, cuando sepas de algunos, se celebraban unas fiestas llamadas saturnales, famosas por toda clase de excesos, y en que los pobres esclavos, cosas animadas y no personas, tomaban asiento á la mesa de sus amos, y éstos, no solamente les servían, sino que tenían que oír cuanto quisieran decirles, que algo sería, para vengarse de la opresión de toda la vida, y en especial de todo el año. Y además había otra fiesta dedicada al Dios Pan, no ese sabroso alimento del cuerpo que en el Padre nuestro pedimos, como resumen de todos los manjares, petición sóbria y de cristianos, sino una rara alimaña, medio hombre y medio animal, y de seguro más animal que hombre; y de ninguna manera Dios, con cuernos y pies de macho cabrío, sin más ocupación que vagar por montes y collados, ni otra habilidad que tocar primorosamente, según creían, la rústica ponzoña. Pues este animal, que ni siquiera existía, tuvo unos sacerdotes, como puedes figurártelos, que durante las fiestas, armados de tiras de cuero en forma de látigo, perseguían á hombres y mujeres, y sobre todo á las últimas, y las herían, más ó menos levemente, como por distracción, en medio de las risas de todos. Recuerda estas dos fiestas con todo su cinismo y depravación; ve quitando de ellas poco á poco lo que la ilustración y el adelanto de los tiempos ha debido quitarles, y te encontrarás con la historia del Carnaval, que todavía se atreve en nuestro siglo á mostrarnos su descarado y necio semblante.

Si cuando repites una palabra que yo te digo, tal vez sin malicia, te reprendo porque echas á mala parte esa maravillosa facultad de imitar que Dios nos ha concedido, pero sólo para lo bueno; ¿qué deberá decirse de los que imitan sólo lo malo y tales cosas discurren que ni los malos las imaginan sin proponerse algún fin? La vida del Carnaval va arrastrándose hace siglos; pero tal es la fuerza de la costumbre que tardarán quizá mucho en extinguirse sus últimos restos. En la Edad Media, es decir, hace ya algunos siglos, se llamaba *fiesta de los locos*: al menos entonces se le conocía con el nombre que puede llevar más adecuado á su naturaleza.

Mira, esos que ves pasar se llaman estudiantes; ¿crees que lo parecen, crees que lo son? En manera alguna. Tú no puedes, sin retirarte antes de todo rumor y sociedad, aprender cosa alguna, y estudiante es el que quiere aprender y pone los medios adecuados para ello. Nada te diré de los que acaban de pasar con trajes religiosos, porque si todo lo del mundo pudiera imitarse, todavía se debiera respetar cuanto lleva el sello de la Religión. De modo que, á donde quiera que mires, no verás en el Carnaval más que mentira, y cuando al diablo no se le llama por su nombre, se le conoce por poder de las tinieblas y padre de la mentira.

Ven—continuó el padre—ven al campo y allí veremos en la naturaleza la verdad, y sólo la verdad, te admirará. Aunque de lejos

la majestad de Dios, como dice un gran naturalista, Linneo, pasará entonces, en sombras, delante de nosotros.

Y desde aquel día pasaron años y años sin que el niño, ya hombre, viese en el Carnaval más que un resto de tan perversos orígenes, y nunca volvió á buscar las máscaras, ni á deleitarse con los disfraces.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

CUENTOS INFANTILES.

I.

Vino á Madrid Valentín, y, de su burro al bajarse, entró para examinarse de primero de latín. Y tan bien recomendado el buen Valentín venía, que, sin «esta boca es mía» decir, resultó aprobado. —No creí tan fácil fuera, — murmuró bajito el chico: — de saberlo, entro al borrico, y sale de igual manera. —Te equivocas grandemente, dijo un juez:—los que aquí estamos, cada sesión aprobamos á un borrico solamente.

II.

Dice al ver Don Lucas llorando á su nieto:

—Los niños que lloran se vuelven muy feos.

Y el niño replica, al viejo mirando:

—¡Jesús, abuelito, lo que habrás llorado!

III.

El profesor Don Raimundo que en enseñar se desvela, á un muchacho de su escuela pregunta: ¿Quién hizo el mundo? Pero el muchacho, aturdido porque ha ruto su Catón, responde sin dilación:

—Yo no he sido... yo no he sido.

—¿Qué es lo que diciendo estás?

Que no estás cuerdo sospecho.

—Pues bien, señor, sí lo he hecho... pero ya no lo haré más.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL MARQUESITO.

Mis bondadosos padres, que me amaban, como los padres saben amar, comprendieron cuando cumplí seis años, que era sobrado tiempo de comenzar á instruirme.

Con franqueza os diré que eso de ir á la escuela no me sedujo más que el primer día. Pero yo era obediente; sobre todo, mi papá siempre tenía razón, y le oí mil veces repetir la frase de una dama muy sabia y célebre escritora, que se llamó D.^a Oliva Saucó: «La ociosidad es madre de todos los vicios.»

En el fértil pueblo andaluz que me vio nacer, existían cinco ó seis casas de señores (así decían á los de la clase media y aristocrática los sencillos aldeanos); perteneciente mi familia á la primera, relacionábase con las acomodadas, y los niños de estas, eran mis amigos y condiscípulos. Luis Martínez,

que se lucía siempre en el estudio de la retórica y poética, chico de rostro reflexivo, y que á todos nos felicitaba en verso cuando llegaba la festividad de nuestro santo patrón. Pepe Lorea, tenía escepcionales dotes para el dibujo, y ya había retratado al lápiz á su hermanito Manolo, que se estuvo muy quieto, sentado junto al río, pensando de qué medios podría valerse un ciudadano para ver lo que había en la orilla opuesta, haciendo un puente, ¡muy grande! que no se hundiese. Angel Ortega, se apresuraba á aprender, para pasar á la segunda enseñanza, donde en el estudio de la Historia Natural, conocería todas las especies de animales, las maravillas del mar y la tierra; de qué se componen las piedras preciosas, cómo existen las perlas, las minas de oro... y finalmente, que de esos arboles tan bellos que sirven para dar sombra bajo que cobijarnos, nido á las aves y hermosura al paisaje, pueden extraerse ricas sávias que devuelvan la perdida salud. Ya sabía él perfectamente, que la botánica ó ciencia de las plantas, no sólo es divertida, sino benéfica á la humanidad. El último de mis compañeros, Enrique del Valle, parecía el más listo y más feliz de todos. Tenía once años, era más guapo que ninguno de nosotros, más rico, y llamado á usar en lo porvenir el título nobiliario de Marqués del Valle-Alegre, que á la sazón llevaba honrosamente su padre.

¿Sabéis quién se conquistó la admiración general? ¿Quién nos gobernaba? ¿Quién era por lo menos tan atendido como el Maestro? Pues Enrique del Valle.

Nos echaba el aristócrata infantil, discursos acerca de cualquier cosa, y chillaba, y manoteaba y nos llamó tontos tantas veces, que en lugar de atribuir aquel fraseo á su vanidad y grosería, bien por humildad, bien por no discutir, terminábamos los debates, llevando Enrique la palma de la victoria.

Verdad es que no sólo en los dichos, sino en los hechos, se nos hacía superior. Nosotros, más ó menos adelantados, aprendíamos lo que nos enseñaban. Pero á él, ¿quién le daba lecciones de hacer cometas ó panderos—como se dice en mi país?—¿De dónde le venían aquellas aptitudes para cazar pájaros? ¿Cómo se componía para bañar dos gatos á un tiempo? ¿Y cuando prendía fuego á un busca-pies ó carretilla, obligando á correr á las muchachas en la plaza, los días festivos?

Muchos, muchísimos faltaba al colegio, y al siguiente refería al Profesor que su ausencia había tenido por causa una pasajera indisposición. Alguno que le viera en sus ocupaciones favoritas, se atrevía á protestar tímidamente en voz baja, y entonces aquel carácter reservado nos contaba una travesura, añadiendo:

—¡Majaderos! ¡No sabéis inventar! ¡Cuánto más cómodo es irse á jugar al campo, subir en los borregos, comerse las naranjas de la quinta mientras duerme el hortelano y pasar el día libre! Estaréis mejor ahí, diciendo de memoria una porción de tonterías que no hacen falta á nadie, ni mucho menos á los que son propietarios y amos de la gente baja; ¡vosotros decís que soy gándul! ¿Quién lo pasa más á gusto? ¿No comprendéis que los que tenemos talento no necesitamos aburrirnos oyendo al maestro ciruela? Aprendo yo más en un rato, que vosotros en un mes.

Acaso en esto tuviese algún remoto destello de razón, pero como nunca había caso de que estudiara, no se la podíamos dar. Luego proseguía:

—Suponiendo que renunciase por completo al estudio. Soy capaz de pegaros á todos, al presente. Cuando sea mayor, podré mandar un regimiento de tropa, dar batallas y vencer, para lo cual sólo hace falta valor. No aprobaba el auditorio tamaño discurso;

más nos tenía acostumbrados á ellos, y sistemáticamente no respondíamos. De mí sé decir que hubiese hallado disculpable el fuego militar de mi Enrique, si á ello le guiase la noble idea de defender á España y no la ansiedad de mando que le impulsaba á desear como recurso á sus problemáticos males, los de muchos infelices.

Ningún cariño nos profesaba, y así lo decía en nuestras peleas, ó mejor dicho, cuando él tenía gana de pelearse. Nos toleraba porque le hacíamos falta para corear sus méritos, y porque en el pueblo no había otros niños de familias en posición brillante.

—Sois unos bobos; pero los menos bobos de este poblachón. ¿Os amoscáis? Mal hecho; más perdéis que yo. Ayer no fui á la Escuela, pero estuve trabajando: llamadme holgazán.

—Y qué hiciste?

—Un *tutiti-mundi*.

Enrique nos mostró el fruto de su laboriosidad: un pliego de aleluyas en que pintaba á nuestro digno maestro con unas correas, y á los discípulos con orejas de borrico y versos de este corte:

«El profesor es muy burro,
y cada muchacho un burro.»

Los aludidos nos ofendíamos un poco, y Enrique salía triunfante según costumbre.

Así pasaron un par de años, cuando al cabo de estos, decidió mi familia trasladarse á Madrid, y dejé á mis camaradas.

(Se concluirá.)

E. BENJAMÍN.

FALSA EDUCACIÓN.

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO.

(IMITACIÓN, POR D. JOSÉ MARÍA SERRAL.)

(Continuación.)

ESCENA VI.

LAS MISMAS Y JUANITO.

JUA. (que entra precipitadamente vestido de calle, con saco largo, el lazo de la corbata echado á un lado, y un pernil del pantalón algo subido ó medio doblado). ¡Buenos días, tía; buenos días, hermana! O lo diré en latín para que mejor lo entendáis: *Salve, ámita; salve, soror*. Pero... (Mirando á todos lados.) Yo pensé que estaba aquí mi tutor; ¿dónde está, que ardo en deseos de verlo y abrazarlo?

LEON. Ven acá, loco, qué facha es esa para presentarte así delante de él? Arréglate esa corbata, ya que no te hayas mudado de camisa; quítate ese saco, ponte otros pantalones y la americana..

ELO. Y péinate esas greñas de Cristo viejo...

JUA. ¡Anda, bueno está, que los trapos y los menurjes no se han hecho para los hombres formales, sino para las damiselas currutacas que yo me sé, y ustedes no ignoran.

ELO. ¡Así te lucirá el pelo, desastrado!

JUA. (burlándose de ella, le grita con cierto sonsonete, moviendo en forma circular el puño derecho sobre la

palma de la mano izquierda.) Elegante... naaa; cursilo... naaa; cara e mo... naaa.

LEON. ¡Mira, si voy á tí.. Haz inmediatamente lo que te he dicho.

JUA. Ya voy; pero ¿dónde está mi tutor?

ESCENA VII.

DICHOS Y DON GUILLERMO (que entra apresuradamente.)

GUILL. ¡Aquí lo tienes, querido de mi alma!

JUA. *Se arroja á él en medio de los mayores extremos y demostraciones de cordial cariño.* ¡Querido tutor mío! ¡Tantos siglos de ausencia!...

GUILL. Siglos me parecen también á mí los cinco años que ha no te veo. (Contemplándole después de ponerle las manos en los hombros y apartar un poco de sí para mirarlo mejor.) Pero ¡qué guapo! ¡qué altote!

LAS DOS. ¡Y qué sucio!

JUA. Favor que me hacen ustedes.

GUILL. Señora, en más estimo yo la prontitud de Juanito en venir á verme con la ropa del colegio, que su tardanza para haber venido emperegilado y compuesto como un Adónis.

LEON. (aparte). Ya no puedo más. Si no me voy de aquí luego, me da un insulto. (A D. Guillermo disimulando) Dispense V. que lo deje por un momento para dar algunas disposiciones á los criados. (A Eloísa). Vente, niña

ELO. Dispénsame V, tía, pero quisiera quedarme un rato con el señor D. Guillermo, si en ello no tiene dificultad.

GUILL. Antes al contrario, muchísimo gusto. (Vase doña Leonor).

ESCENA VIII.

DON GUILLERMO, ELOISA Y JUANITO.

GUILL. ¿Qué tal, Juanito, se estudia mucho? ¿Están contentos contigo tus superiores? ¿Te va bien en el colegio?

JUA. Me va muy bien, y hago lo que puedo por complacerlos; ahora, si están contentos, ó no, ellos lo dirán, aunque creo que sí.

GUILL. ¿Qué estás estudiando en este curso?

JUA. Segundo de Latín y la Historia de España.

GUILL. ¿Y adelantas?

JUA. Cuanto más voy estudiando, conozco algo de lo mucho que aún me falta por saber; lo que sí procuro es, ya que no pueda ser el primero de la clase, no ser nunca el último.

GUILL. Es indudable que *Dii solertes adjuvant*. ¿Sabes qué quiere decir eso?

JUA. Literalmente significa que los Dioses ayudan á los diligentes; pero es como si dijéramos: *¡A Dios rogan-*

do, y con el mazo dando, para denotar que necesitamos poner de nuestra parte, y no tendernos á pierna suelta esperando á que nos venga la ciencia infusa.

GUILL. (con entusiasmo.) ¡Bien por Juanito, bien! (Dirigiéndose á Eloísa) ¿Y este es el niño que no tiene conversación, y se queda cortado en sociedad? (Volviéndose á Juanito.) ¿Y á qué altura estamos de Música y de Dibujo?

JUA. Ambas asignaturas me gustan con delirio. Pero el señor Director nos dice que las tengamos en concepto de estudios secundarios, y siempre que no nos quiten el tiempo para atender al principal.

GUILL. Y dice muy bien. Supongo que también tendréis vuestras conferencias de Moral y Religión.

JUA. ¡Ya lo creo! obligatorias para todos, grandes y chicos.

GUILL. Perfectamente.

ELO. (aparte.) Me parece que mi tutor no va muy falto de tino.

JUA. Lo que yo siento, es que no soy tan bueno como debiera; soy algo distraído y atolondrado. Por ejemplo: suelo equivocar las horas, haciendo en unas lo que debiera hacer en otras; me cuesta mucho trabajo enmendarme de algunas malas mañan, y vuelvo á caer frecuentemente en faltas de que anteriormente me he arrepentido.

GUILL. No es malo que adviertas tú tus defectos propios, y mejor aún que, al advertirlos, los confieses. ¿No es así, Eloísa?

ELO. A mí me parece que no tengo los defectos de que se acusa mi hermano.

GUILL. Pero, tal vez tengas otros; no es verdad?

ELO. Como mi tía nunca me los ha echado en cara...

GUILL. El cariño nos ciega por lo regular, y nos olvidamos frecuentemente de que *quien bien te quiera, te hará llorar*.

ELO. (aparte.) Todos los elogios son para mi hermano, y para mí sola guarda las reprensiones.

GUILL. Esperadme un momento, que voy á ver si el mozo del ferrocarril me ha traído el equipaje, donde traigo unas frioleras para vosotros.

JUA. No tarde V. mucho.

GUILL. Vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA IX.

ELOISA. — JUANITO.

ELO. ¡Valiente regalo nos traerá! Por mí, ya los puede guardar en el fondo del baul.

JUA. Mujer, no digas semejante cosa de nuestro protector. ¿Quién, si no él, te ha dado cuanto tienes en tu cuarto y cuanto traes puesto? Yo te confieso que, aun cuando sólo me tra-

jera un papel de anises, agradecería sumamente el recuerdo.

ELO. ¡Déjame, que me pelearía hasta con mi propia sombra!

JUA. ¿Connmigo también, querida hermana? ¿Qué es lo que por ti pasa, para que en tales términos te dejes llevar de la ira? ... Desahógate con tu hermano. (*Ásela de una mano*)

ELO. Si te vieras tú tan arrollada como yo me veo!...

JUA. La única persona que podría contrariarte en tus deseos, es la tía; y á la tía le falta poco para meterte en una urna á fin de que no te dé el aire...

ELO. ¡Sí; pero D. Guillermo es un hombre tan brusco, tan descortés!

JUA. (*La suelta de la mano.*) Cabelmente es todo lo contrario: atento y complaciente como pocos he visto en mi vida.

ELO. Nada de lo que hago le gusta; á todo pone tachas. Luego me da á entender á cada paso que debía dedicarme á cosas más útiles y esenciales...

JUA. Y en eso creo que no le falta razón.

ELO. Eso es: tiene razón, y mi tía no sabe lo que se ha hecho, ¿no es así? pero ya que se la das á él, hazme el favor de decirme en qué te fundas.

(*Se continuará.*)

JOSÉ MARÍA SBARBI.

MOSAICO.

Muy en breve se colocará en el edificio de la Inclusa de Madrid, una lápida, en honra del Dr. Benavente, de quien publicamos el retrato y biografía en uno de nuestros anteriores números.

Los planos del Hospital del Niño Jesús, fundado en esta corte por la Duquesa viuda de Santoña, han sido premiados por el Jurado de la Exposición celebrada en París el año pasado, el cual, no contentándose con eso, ha premiado también con medalla de oro á la generosa dama á cuya iniciativa se debe tan benéfico establecimiento. Además,

el comisario general de secciones extranjeras de dicha exposición, ha pedido á la fundadora noticias y datos para consagrar un artículo en el *Diario Oficial* á esa fundación que ha despertado vivas simpatías en Francia.

En el Asilo que para los niños de las lavanderas fundó en esta corte la excelsa y virtuosa señora que compartió el trono de España con D. Amadeo de Saboya y que hoy sostiene otra señora no menos digna de respeto por sus virtudes y desgracias, S. M. la Reina Regente, se verificó el día 14 el acto conmovedor de repartir entre los niños trajes, alimentos y algunas cantidades en metálico. Antes de este acto, se había celebrado en el oratorio de la casa, el Santo Sacrificio de la Misa, por el alma del Rey don Alfonso.

Los bailes de niños preparados en algunos teatros, para los tres días de Carnaval y el domingo de Piñata por la tarde, han sido suspendidos en virtud de una orden del señor Gobernador.

La medida obedece á un artículo que un respetable médico publicó en *El Progreso*, llamando la atención de la autoridad sobre la consecuencia de estas reuniones, en las cuales es muy fácil la propagación de las enfermedades infantiles.

Con el título de *Parques, jardines y flores* acaba de publicarse por la casa editorial de Cuesta, un excelente tratado de jardinería y floricultura, escrito por el Ingeniero agrónomo, ex-director y Catedrático del Instituto agrícola de Alfonso XII, D. Pedro J. Muñoz y Rubio. La importancia del trabajo, juntamente con la autoridad del autor, reclamaban una edición tan esmerada como la que ha sabido presentar la casa editorial de los Señores Cuesta. Numerosos grabados ilustran el texto.

JUEGOS DE IMAGINACIÓN

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO 4.º

X.

No puedo ir al trabajo porque estoy cojo: me voy á la taberna poquito á poco.

XI.

La pereza.—La actividad.

XII.

6	7	2
1	5	9
8	3	4

Han remitido las soluciones, los suscritores siguientes: Cayetano Ortega, Manuel y Celsilino Acevedo y Cróquer, Antonio Portell y González, Ana Giménez Andino, Emilio Miranda Rico, Carmen y María Teresa Yravedra, José Luis López Tineo, Carmen de la Concha, Julio Maranges, Fernando Fernández Pérez, Jorge Salinas Ruano, Carmen Bertrán y Castillo, Gerardo Lassalle, Rogelio López Ponce, Gregorio Chavarri y Romero, Félix Herrero, Enrique Maureta, Francisco y Santiago Sánchez Castilla, Filomena R. de Rivera, Enriqueta Muro y Zaro, Juan Santamaría de Mora, Juanita Medrano, Leticia Díaz, Carlos Torres de Navarra, Juan del Val y Zúñiga, Manuel Salgado, Enrique García, Antonio Salas, Manuel de Liñán y León, María Llorente y Zúñiga y Salvador Viada Rouret, Marcos Antonio Mallasén, Ernesto Oliver, José Bosca, Julián Grijalbo, Vicente Ara, Paquito y Perico Pérez de los Cobos, Isolina y Enrique Querol, Mariano Sancho Bertrán, Pepito, Martínez de Ubago, Eduardo Fungairiño.

NUEVOS PROBLEMAS

XIII.

ACERTIJS.

¿Cuáles son las cuatro letras que unidas manchan?

¿Qué nombre sustantivo hay en castellano que puede ser masculino, femenino y neutro?

XIV

FUGA DE CONSONANTES.

ue e.a.a.a.i.a
a.e.ue u.e e.u.a.a. u.i.o
y.i.ue a.e.o.i.a
e.a.o.o.e.a.i.o
o.o.o. a.i.o. ue e.e.u.o a.i.o

XV.

CHARADA.

Quien tiene *primera y tercera* ó ha de aguantarse ó se *rasca...* y *segunda* que no hay hombre que del dilema se salga. El *todo* debe haber muerto porque de enterrarle tratan.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS.

REVISTA DECENAL INFANTIL

CON MAGNÍFICOS CROMOS, GRABADOS Y CUENTOS ILUSTRADOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

ESPAÑA.

Un trimestre, pesetas 4. —Un año, pesetas 12.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Un semestre, pesetas 12.—Un año, pesetas 20.

NÚMEROS SUELTOS.

LA ILUSTRACIÓN con suplemento en cromo, ptas. 0,25

Idem id. atrasado. 0,50

Cada ejemplar de los cuentos ilustrados. 1,

Todos los números llevan un suplemento en cromo, y al primero de cada mes acompaña un magnífico cuento ilustrado, con láminas en colores